

VIDA, GUERRA Y MUERTE EN HUALFIN PREHISPANICO

| Bárbara **Balesta**¹, Nora **Zagorodny**¹, Federico **Wynveldt**², Marina **Flores**¹, Emilia **Iucci**² y Celeste **Valencia**¹

¹Laboratorio de Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata.

²Laboratorio de Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad nacional de la Plata. CONICET.

El valle de Hualfín del noroeste argentino se ubica en el centro de la provincia de Catamarca y constituye un área significativa dentro de la arqueología argentina. La zona fue habitada durante unos dos mil años por grupos autóctonos hasta la llegada, primero de los inkas y posteriormente, de los españoles. Las excavaciones arqueológicas en sitios del valle permiten inferir, para los momentos tardíos, interacciones complejas entre los grupos que incluyeron relaciones de intercambio y reciprocidad a través de alianzas de tipo económico y social. No obstante, existieron situaciones de conflicto evidenciadas por la presencia de los asentamientos en altura o pukaras, puntas de proyectil en los sitios y grandes incendios, probablemente producto de enfrentamientos que desencadenaron el abandono de los poblados.

EL ENTORNO NATURAL

El valle de Hualfín recibe su nombre del río homónimo y abarca una extensión de aproximadamente 2000 km². Los cordones montañosos de la provincia se constituyen en barreras climáticas, lo cual origina muy escasas precipitaciones, principalmente en

la zona occidental. Esto se suma a la proximidad de los trópicos y la alta duración del brillo solar, lo cual produce elevadas temperaturas y ocasiona un déficit de humedad constante.

El clima se caracteriza como subtropical árido; las lluvias se concentran en la temporada estival y suelen producirse en forma to-

rencial, siendo una de las causas de la formación de barreales, típicos en la zona.

Las características climáticas favorecen la conformación de una flora en la que predomina el matorral o la estepa arbustiva con asociaciones vegetales adaptadas a la vida en ambientes secos –jarilla, matasebo, monte negro, pichana, brea, chilladora y alpataco-. En los fondos de quebradas y orillas de ríos se observan bosques marginales de algarrobos, chañares, breas y sauces.

Con respecto a la fauna, los animales más representativos consisten en reptiles –boa vizcachera, iguana, tortuga terrestre-; aves –perdices, suri, águila mora, halcón peregrino- y mamíferos –roedores, zorro gris, gato montés y puma entre otros-.

Los estudios sobre restos botánicos y faunísticos indican que en momentos prehispánicos existían condiciones que favorecían la existencia de especies que hoy se encuentran muy reducidas o desaparecidas tales como los algarrobos que configuraban grandes bosques de los cuales hoy se conservan sólo relictos. Del mismo modo, se han registrado restos de camélidos silvestres –guanaco- y domésticos –llama-, cuya presencia actual se confina a zonas más elevadas, por encima de las altitudes del valle.

Las condiciones descritas configuran un paisaje árido a semiárido, en el cual se requiere, hoy como en el pasado, de la mano del hombre para desarrollar condiciones adecuadas de subsistencia.

LOS ESTUDIOS EN EL VALLE Y LOS INTERROGANTES INVESTIGADOS

El equipo de investigación del Laboratorio de Análisis Cerámico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, bajo la dirección de la Dra. Bárbara Balesta desarrolla tareas en esta zona desde hace veinte años. El mismo, integrado por la Lic. Nora Zagorodny, el Dr. Federico Wynveldt, la Dra. Marina

Flores, la Dra. Emilia Iucci y la Lic. Celeste Valencia, realiza prospecciones, excavaciones y actividades de extensión, financiadas a través de diversos proyectos, por la UNLP y por organismos de promoción científica. Las labores de campo se han concentrado en sitios adjudicados a momentos tardíos, previos y contemporáneos a la llegada de los inkas al territorio –aproximadamente en 1450 d.C.- (Fig. 1)

Los primeros estudios en el valle de Hualfín se remontan a fines del siglo XIX y comprendieron diversas expediciones llevadas a cabo por investigadores del Museo de La Plata. A principios del siglo XX se desarrollaron excavaciones financiadas por Benjamín Muñiz Barreto, quien fundó un museo propio con los ejemplares obtenidos de la excavación de tumbas. En la década de 1930 Muñiz Barreto vendió la colección –que hoy lleva su nombre- al Museo de La Plata y aún permanece alojada en la institución, constituyendo uno de los valores patrimoniales de la misma.

Desde entonces hasta la actualidad se han continuado las labores arqueológicas por parte de distintos equipos de trabajo. Los resultados de dichos estudios permitieron reconstruir diversos aspectos de la vida de los pueblos que habitaron el valle, desde hace por lo menos dos mil años.

Como ya hemos señalado, durante los primeros años del siglo XX las labores arqueológicas consistieron en excavaciones de tumbas mientras que a partir de la década de 1950 se trabajaron también sitios de habitación. Las excavaciones de tumbas comprendieron restos materiales adjudicados a momentos tempranos en tanto que los trabajos sobre sitios habitacionales se concentraron sobre evidencias correspondientes al denominado Período de Desarrollos Regionales o Tardío –que comprende los siglos XI a XV-. Hacia mediados del siglo XV se produce la llegada de los inkas a territorio del noroeste argentino (NOA) y posteriormente se añaden los efectos de la conquista española.

El Período de Desarrollos Regionales/



Figura 1. Mapa del valle de Hualfín con sitios arqueológicos y localidades actuales (F. Wynveldt).

Tardío se caracterizó por el incremento en la producción agrícola a través de la implementación de sistemas de irrigación artificiales que permitieron un uso intensivo de las tierras. Este proceso trajo aparejado un aumento demográfico y la concentración de las poblaciones. A los típicos patrones de establecimiento aldeano, propios de épocas previas, se suman nuevas modalidades de emplazamiento entre las que se destacan los poblados en altura, algunos de ellos fortificados.

Estas nuevas condiciones socioeconómicas plantearon la necesidad de implementar organizaciones políticas más complejas que en períodos anteriores, que tendieron a expandir sus fronteras territoriales y su dominio efectivo sobre la tierra y sus recur-

sos. Se complejizaron las relaciones sociales, lo que se evidencia en la organización del trabajo y en la distribución y el consumo de bienes. Las consecuencias de estas transformaciones se tradujeron en una expansión de la producción gracias a la construcción de obras agrohidráulicas y a un desarrollo tecnológico que perfeccionó la manufactura de objetos artesanales –cerámica, textiles, metalurgia–.

Los restos materiales que se han conservado nos presentan distintos interrogantes con respecto a las condiciones de vida de aquella época. ¿Cómo se distribuía la población dentro de las distintas modalidades de emplazamiento que se han detectado? ¿Quiénes vivían en los grandes poblados y quiénes en los pequeños caseríos? ¿Qué sig-

nifica la diversidad en la forma de los asentamientos? ¿Cómo y por qué surgen las fortificaciones y qué rol cumplieron dentro del esquema de poblamiento? ¿Cómo se procuraban la subsistencia? ¿Cómo enterraron a sus muertos y qué concepción tenían sobre la muerte? ¿Cómo fueron las relaciones con pueblos vecinos que habitaban otros valles? ¿Cómo impactó sobre los pueblos Belén la invasión incaica?

POBLADOS PROTEGIDOS, CASERÍOS Y ACTIVIDADES DE SUBSISTENCIA

Los asentamientos Belén en el valle de Hualfín suelen ubicarse en tres zonas distintas: sitios sobre piedemontes -como Campo de Carrizal-, sitios en zonas bajas aledañas a cursos de agua -sobre las barrancas de los ríos Ichanga y Hualfín- y sitios en altura de

carácter defensivo. Dentro de estos últimos se pueden distinguir aquéllos emplazados en sectores altos -100 a 200 m sobre el nivel del terreno- y de muy difícil acceso tales como Loma de los Antiguos (Fig. 2), Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo entre otros y los que se hallan sobre lomadas más bajas -entre 15 y 50 m- de los cuales Loma de la Escuela (Fig. 3) Loma de Ichanga, Palo Blanco y La Estancia, constituyen algunos ejemplos investigados.

Los grupos Belén construyeron sitios de habitación con diferentes características; algunos de ellos constituyeron verdaderos poblados conglomerados, con distintas cantidades de recintos, ubicados sobre lomadas de difícil acceso y protegidos por murallas. Otros sitios, también localizados sobre lomas, tuvieron menor tamaño y concentración y no se dotaron de estructuras defensivas.

Las estructuras habitacionales de los poblados Belén generalmente tuvieron forma rec-



tangular y fueron construidas con paredes de piedra -denominadas "pircas" en el lenguaje local-. Los techos consistieron en estructuras de ramas de distintos grosores, cubiertas por barro batido mezclado con pedregullo y materiales vegetales -a los que se llama "torta del techo"- y fueron sostenidos por postes y vigas de madera dura -habitualmente algarrobo o chañar-.

Por otra parte, se han registrado y excavado sitios conformados por pequeños núcleos de dos o tres recintos, emplazados entre los campos de cultivo sobre el piedemonte que desciende de la ladera occidental del valle. Los recintos se encuentran entre las terrazas de cultivo, que fueron regadas gracias al aprovechamiento de distintos cursos de agua que bajaban en sus cercanías. Para controlar y almacenar el agua construyeron estanques artificiales, acequias y canales de riego.

Con respecto a las diferentes características y posibilidades que ofrecen los empla-

zamientos de los sitios se podría pensar que aquéllos emplazados en zonas más altas sirvieron como protección para ciertos sectores de la población Belén, mientras que los que se ubicaron en áreas más bajas albergaron a habitantes menos favorecidos, que se dedicaban fundamentalmente a la explotación agrícola. Dentro de los sitios protegidos también se observan diferencias de tamaños y concentración de habitaciones, que podrían evidenciar una jerarquía representada por poblados más importantes, habitados por líderes locales y sus parientes y aliados.

El desarrollo de la agricultura hidráulica permitió utilizar terrenos que superaron, en superficies cultivables, a las actuales. Los excedentes obtenidos del cultivo se almacenaban en distintos tipos de estructuras entre las que se destacan depósitos bajo el nivel del piso, denominados "colcas". Los cultivos principales comprendieron fundamentalmente maíz, porotos, maní y zapallo.

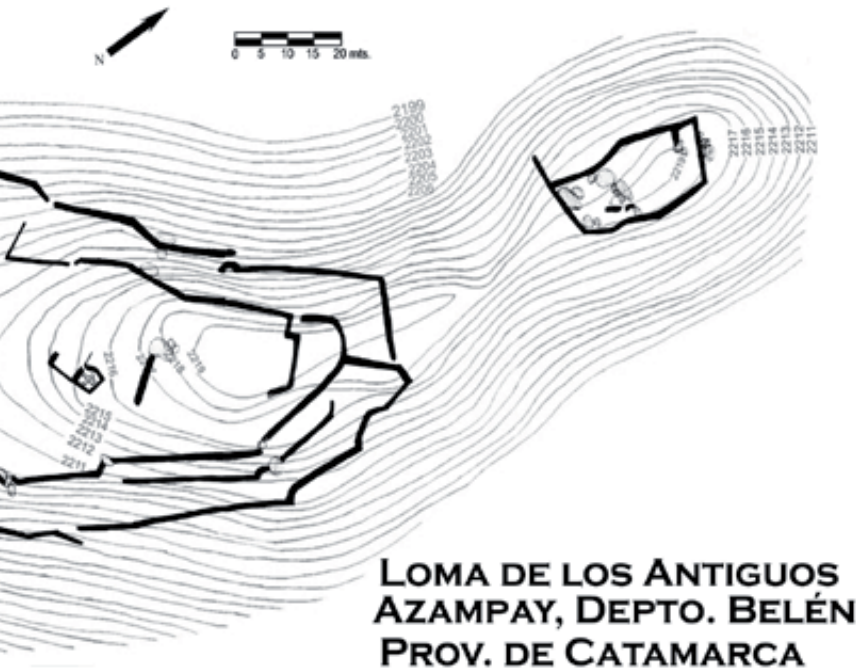


Figura 2. Plano de Loma de los Antiguos mostrando estructuras de habitación y murallas de circunvalación del sitio. (F. Wynveldt 2009).

Figura 3. Plano de Loma de la Escuela con las estructuras de habitación. (F. Wynveldt. Realizado con la colaboración de Ariel del Viso).

En Cerro Colorado de La Ciénaga nuestro equipo halló restos de marlos carbonizados que permitieron identificar diez variedades de maíz, una diversidad mucho mayor que la que se cultiva en el presente.

Practicaron la ganadería de camélidos –llamas- de forma intensiva, con consumo de su carne y utilización de la lana para fabricar textiles. También se sabe que estos animales fueron usados como bestias de carga para conformar caravanas que recorrían el área Andina y procuraban una diversidad de mercancías provenientes de los distintos ambientes que recorrían, conformando un sistema de intercambio a larga distancia.

Las actividades de subsistencia fueron complementadas por la caza de pequeños –principalmente roedores- y grandes animales –cérvidos y guanacos- y la recolección de algarroba y los frutos del chañar.

LA CERÁMICA BELÉN

La cerámica denominada clásicamente como “Belén” corresponde a una alfarería decorada pintada en negro sobre fondo rojo. Esta alfarería, que fue fabricada en tiempos prehispánicos tardíos, estuvo distribuida fundamentalmente en los departamentos de Belén y Tinogasta, tanto en sitios de habitación como en tumbas. Si bien se dice que su origen puede situarse en el valle de Hualfín del Departamento de Belén, su presencia se ha extendido a otros territorios de Catamarca, como los valles de Abaucán y Santa María. También se ha encontrado en sitios distantes como La Alumbra de Antofagasta de la Sierra, o de manera aislada en el sur en La Rioja y Tafí del Valle.

Esta cerámica es tan característica –en



cuanto a sus formas y decoración- que su presencia en los sitios ha sido usada como indicador cronológico de los momentos tardíos en el valle de Hualfín.

La cerámica decorada Belén, también llamada Belén Negro sobre Rojo (N/R), tiene paredes relativamente delgadas y un buen acabado de superficie. Se distinguen básicamente tres categorías generales de piezas: las que comúnmente se denominan “urnas” o “tinajas”, las “ollas” u “ollitas” y los “pucos” o cuencos (Fig. 4).

Las tinajas constituyen la forma que aparece con mayor frecuencia y se caracterizan por ser las vasijas más grandes. Siempre se les coloca un par de asas en zonas opuestas del cuerpo y presentan cuellos con inclinación hacia afuera. Su decoración pintada se ubica en las paredes externas y en la parte superior interna del cuello. Por lo general, bases, cuerpos y cuellos tienen



Figura 4. Formas de la cerámica Belén Negro sobre Rojo. (F. Wynveldt)

distintas decoraciones. La parte superior del cuerpo es el sector más complejo; es el área elegida para concentrar las representaciones figurativas, tanto zoomorfas como antropomorfas que pueden estar pintadas

o modeladas y ocasionalmente incisas.

Uno de los motivos más extendidos en la decoración de las tinajas es el de la serpiente (Fig. 5). La misma habitualmente es representada con dos cabezas – muchas

veces de forma triangular - y retorcida en forma de S, en líneas quebradas, orientadas de modo horizontal o vertical.

Se conoce que el culto de la serpiente tenía un papel muy importante en las poblaciones prehispánicas en América Occidental por lo cual se puede pensar que los pobladores Belén compartían estas creencias. El simbolismo de la serpiente es común en toda la región de Santa María, Andalgalá, Belén y Tinogasta. Relatos de principios del siglo pasado indican que para aquella época la serpiente todavía era considerada como custodia de los enterratorios, motivo por el cual se relacionaron aquellas creencias con su representación en las tinajas de uso funerario.

Los investigadores pioneros de fines del siglo XIX han dejado testimonios que indican que los habitantes de la zona habrían tenido por dioses al trueno y al rayo y destacan que en la región aún existe la creencia que relaciona la aparición de una víbora con la caída de un rayo y como consecuencia, a la llegada de la lluvia. Esto permitiría comprender el vínculo, en la mitología vernácu-

la, entre la serpiente y el rayo así como su simbolización en forma de zigzag. También recogieron una leyenda andina que narra que Sumac Ñusta, la diosa de la lluvia, tenía una vasija en la que guardaba agua y la volcaba sobre la tierra. Cada tanto, su hermano Catequil -el rayo-, rompía dicha vasija, lo que provocaba tormentas con truenos, relámpagos, lluvia, nieve o granizo. Aquéllos estudiosos interpretaron que Catequil estaba representado en las vasijas santamarianas y belén a través de la serpiente zigzagueante.

Una cuestión que llamó la atención a los investigadores fue la diferencia de tamaño que existe entre las tinajas, observando que aquellas que fueron destinadas para un uso doméstico son de mayor tamaño que las de uso funerario. Si pensamos que por su morfología y tamaño, las tinajas de uso doméstico podrían haber sido utilizadas para contener agua, resulta comprensible la representación de la serpiente sobre sus superficies.

Las ollas son semejantes a las tinajas, pero sus cuerpos son más globulares, algunas de ellas no tienen cuello y cuando los poseen son más cortos. Además, a diferencia de las



Figura 5. Ejemplos de representaciones de serpientes sobre tinajas Belén y quirquinchos en pucos Belén. (F. Wynveldt)

tinajas, no siempre presentan asas. Las ollas aparecen en los sitios con mucha menor frecuencia que las tinajas y su decoración consiste fundamentalmente en figuras geométricas en la base y cuello, mientras que en el cuerpo suelen presentar una diversidad de motivos zoomorfos.

Los pucos o cuencos son piezas abiertas que posiblemente hayan sido usadas para el servicio -las de mayor tamaño- y consumo -las más pequeñas- de comidas. Su decoración en las paredes externas consiste generalmente en líneas onduladas verticales. En ocasiones su interior está decorado con gran diversidad de motivos zoomorfos entre los que se cuentan figuras de serpientes pero también se han representado quirquinchos (Fig. 5). Estos últimos probablemente hayan formado parte de las preparaciones culinarias contenidas en dichas vasijas.

CÓMO ENTERRARON A SUS MUERTOS

Se han registrado varias costumbres mortuorias que se distinguen por los diversos espacios que se utilizaban para albergar los cuerpos y por la distinción entre la forma

de enterrar a los adultos –en forma directa en la tierra- y a los niños –en urnas funerarias -.

Los espacios incluían entierros dispersos en el campo –vinculados a zonas de cultivo-, en inmediaciones de los poblados, intercalados entre espacios de vivienda o dentro de los mismos recintos –tal el caso de dos entierros infantiles excavados por nuestro equipo en Cerro Colorado de La Ciénaga- (Fig. 6).

La construcción de las tumbas siempre comprende una cobertura lítica, que puede consistir en grandes piedras por debajo de las cuales se cavaba un lugar para localizar a los cuerpos o en oquedades revestidas y techadas con piedras –denominadas “cistas”-. Los niños se localizaban dentro de tinajas cerámicas, que a su vez se tapaban con piedras o se sellaban con otras vasijas.

Sobre la base de la variedad de tumbas observadas se elaboró una clasificación en la cual se proponen las siguientes variantes: cistas (con pared pircada, con o sin techo y/o falsa bóveda); medias cistas (con parte de pared de piedra y bóveda y asociadas a bloques); entierros bajo bloque pircado; cámaras funerarias sin paredes; entierros en urnas (directos, bajo bloque y bajo bloque

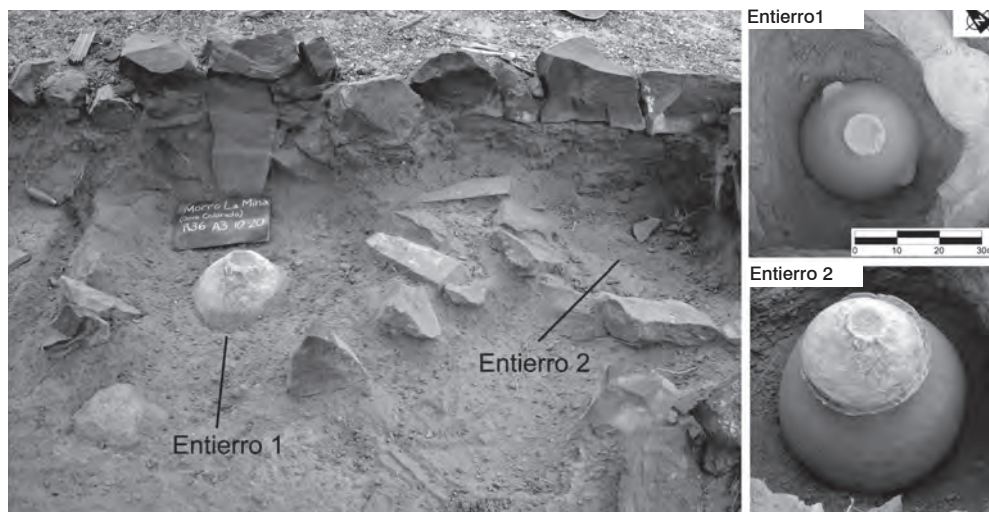


Figura 6. Tumbas infantiles en Cerro Colorado de La Ciénaga. (B. Balesta 2011).

pircado); entierros directos (en el campo y en estructuras domésticas).

Los distintos emplazamientos en que se hallaron las tumbas nos hablan de una esfera funeraria incorporada en el paisaje de los vivos y de las vivencias cotidianas. El ámbito de la muerte se halla en un espacio de paredes y techos resguardados por rocas, con cuerpos colocados dentro de construcciones, que en algunos casos se hallan a su vez, dentro de habitaciones. En los niños la protección se potencia, ya que además son ubicados dentro un contenedor que se tapa con piedras o con otras vasijas mientras que sus cuerpos son envueltos en textiles.

Entre los objetos enterrados con los cuerpos predomina la cerámica; algunas de las vasijas exhiben huellas de antiguos usos, parecen haber sido utilizadas cotidianamente y no manufacturadas especialmente para la esfera funeraria. Otras, si bien es evidente que fueron colocadas para acompañar a los difuntos también podrían haberse usado en algún momento del ritual en el que se ofrendaran y/o consumieran alimentos.

En 1999 se publicó el descubrimiento de una tumba en las proximidades del sitio Campo de Carrizal. El mismo contenía tres individuos -uno adulto femenino de entre 23 y 28 años y dos infantiles- sepultados bajo una oquedad de una gran roca. Los infantes están inhumados en urnas del tipo Belén N/R, ambas con una decoración representada por serpientes bicéfalas. Dentro de una de las urnas, junto con los restos esqueléticos de uno de los infantes, se hallaron gran cantidad de restos óseos correspondientes a 18 individuos de *Amphisbaena*, denominada vulgarmente como víbora ciega o de dos cabezas. Este sorprendente hallazgo, sumado a la presencia de la serpiente en la decoración de las vasijas contribuye a explicar el papel de animal tutelar que se le ha adjudicado y refuerza la vinculación de los enterrados con la vida a través de la relación de la serpiente con el agua.

BELIGERANCIA Y CONFLICTIVIDAD DURANTE MOMENTOS TARDÍOS

Para los momentos tardíos de la historia prehispánica y los primeros años de la conquista española se ha postulado la existencia de conflictos entre distintas etnias que habitaron el área andina. Esta situación de beligerancia se ha detectado a partir de evidencias arqueológicas y de documentos escritos. Los restos materiales asociados a eventos de violencia intergrupala parecen ser particularmente abundantes durante este período.

¿Cuáles habrán sido los motivos para la existencia de estos enfrentamientos? Distintos investigadores del NOA y del área Andina han planteado que uno de los factores desencadenantes pudo ser un cambio climático que afectó vastas áreas del altiplano, generando importantes sequías y con ellas la dispersión de las poblaciones. Por esta causa, los grupos que habitaban las zonas altiplánicas habrían ejercido una fuerte presión demográfica sobre los oasis puneños y los valles fértiles que los rodeaban. Otras situaciones de conflictos parecen haber sido producidas por las incursiones de grupos nómades o semi-nómades provenientes del este de los Andes que pugnaban por apropiarse de los recursos que se hallaban en manos de grupos de pastores y agricultores que habitaban al occidente.

Una de las evidencias más generalizada que ha llevado a interpretar la omnipresencia del conflicto en esta región han sido los poblados protegidos, habitualmente denominados pukaras. Estos poblados fueron emplazados sobre lomadas con distintos grados de accesibilidad y una amplia visibilidad del entorno, a lo que a veces se sumaban componentes arquitectónicos defensivos -miradores, troneras y murallas-.

Las evidencias materiales que pueden vincularse con situaciones de guerra, violencia y conflictos consisten en una serie de rasgos que nos permiten interpretar a un sitio

como defensivo, tales como emplazamiento en altura, diferencias de elevación entre distintos sectores, existencia de barreras para el acceso, tanto naturales -cuerpos de agua, cárcavas, riscos, etc.- como artificiales -murallas de circunvalación, sistemas de muros múltiples, barreras de carácter precedero o móviles, como plantas espinosas, barro, troncos-, y un alto grado de visibilidad -el campo visual que puede obtenerse del entorno desde un sitio particular-.

Además, pueden señalarse como rasgos defensivos: entradas diseñadas para restringir el acceso y la circulación, ángulos en murallas, parapetos, ubicación de posibles puestos de observación o divisaderos y presencia de terrazas o plataformas.

En todas las localidades arqueológicas del valle de Hualfín -La Ciénaga, Asampay, Eje de Hualfín, Puerta de Corral Quemado, Corral Quemado, entre otras- se han detectado evidencias arquitectónicas de defensibilidad representadas por sitios en altura, si bien dichas alturas son variables -entre 50 y 200 m sobre el nivel del terreno-. En algunos sitios existen barreras artificiales, dadas por la presencia de murallas de gran longitud y de sistemas de muros múltiples -Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo, Cerrito Colorado de La Ciénaga de Arriba, El Molino de Puerta de Corral Quemado-. Aunque muchas de estas murallas y muros no tenían gran altura, debieron facilitar la circulación de los pobladores por las laderas así como brindar la posibilidad de parapetarse para vigilar y alertar en caso de que alguien se aproximara. Por otra parte, la sola presencia de estas construcciones representaba un factor disuasivo.

Asimismo, deben haber operado las barreras naturales, tales como los ríos, que funcionarían como obstáculos durante el verano. Ejemplos de estas situaciones se observan en Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo, Pueblo Viejo del Eje de Hualfín y El Molino de Puerta de Corral Quemado -entre otros-, ubicados a la vera de ríos cuyos caudales se incrementan en grandes propor-

ciones en épocas de lluvia. Un caso particular está constituido por Loma de Ichanga a cuyo pie confluyen los ríos Ichanga y La Calera, cursos transitorios que sólo transportan agua superficial en eventos drásticos estacionales. Estos cursos no parecen haber sido barreras importantes para el acceso al sitio, no obstante constituyen verdaderos arenales, parcialmente descubiertos de vegetación, lo cual los convierte en espacios muy expuestos cuando se observan desde la altura de Loma de Ichanga.

Existen otros indicadores no arquitectónicos para dar cuenta de la conflictividad imperante en este periodo. Uno de ellos consiste en el hallazgo de armas, como puntas de proyectil confeccionadas a partir de distintas materias primas. La mayor parte de ellas fueron manufacturadas con obsidiana procedente de la Puna catamarqueña, para cuya obtención debieron trasladarse por más de 200 km o adquirirla por intercambio con otros grupos (Fig. 7).

También se considera una prueba de violencia el hallazgo de restos esqueléticos humanos decapitados o con traumatismos severos que podrían haber causado el deceso de las víctimas. Un hallazgo interesante en este sentido está constituido por el cuerpo de una mujer sin cabeza, debajo del piso de una habitación de Loma de los Antiguos, sitio en el que también fueron recuperadas numerosas puntas de flecha de obsidiana y de hueso.

Asimismo, ciertas características de abandono de los sitios como incendios masivos -tal el caso de una habitación en Loma de Ichanga-, en algunas circunstancias pueden ser interpretadas como consecuencia de encuentros violentos entre grupos.

El crecimiento de la población, las fluctuaciones climáticas, la escasez de recursos y las modalidades de asentamiento tuvieron lugar en el valle antes de la llegada de grupos extraños al mismo. Por este motivo, creemos que los mismos pobladores Belén deben haber vivido pugnando por legitimar liderazgos y derechos. Por otra parte, sus

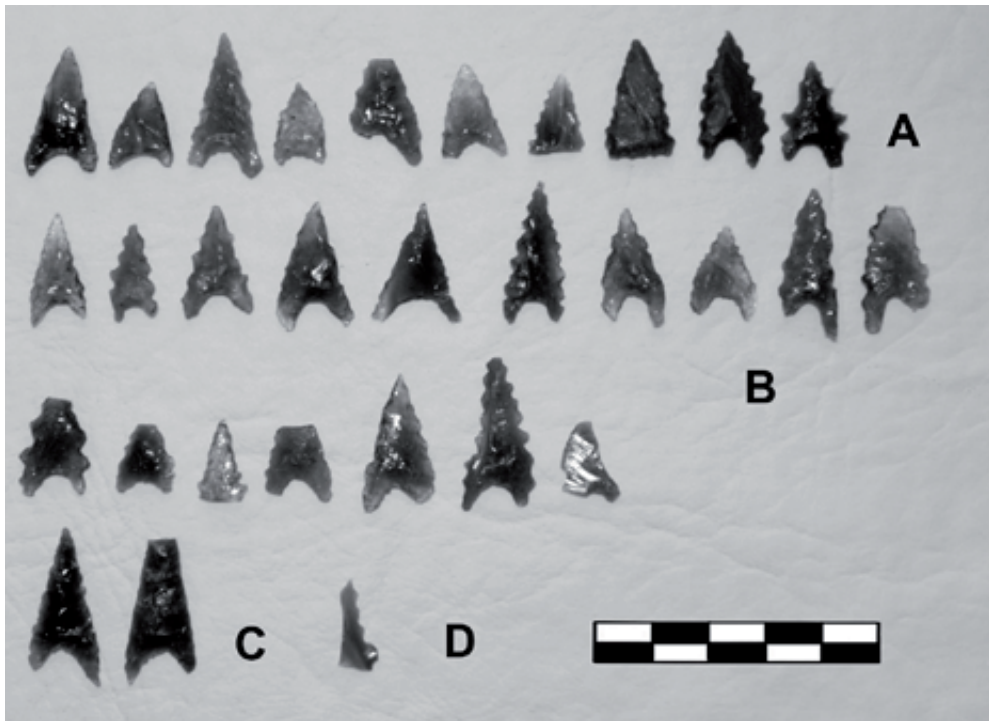


Figura 7. Puntas de proyectil de obsidiana recuperadas en los sitios Campo de Carrizal. (A), Loma de los Antiguos (B), Cerro Colorado (C) y Lajas Rojas 4 (D). (M. Flores).

convivencias con pobladores de las áreas vecinas –como los grupos santamarianos-, deben haber implicado tensiones.

Probablemente, la llegada de los inkas al territorio haya potenciado los enfrentamientos internos. La relación de estas áreas periféricas con los inkas puede haber incluido diferentes modalidades como la producción de alimentos que luego fueran distribuidos en centros inkaicos -como El Shincal en Londres- o la provisión de mano de obra en algún centro metalúrgico -como Quillay dentro del mismo valle-. Esto proporcionaría una situación privilegiada a algunos líderes locales, pero esta misma situación generaría conflictos con otros grupos Belén. Con posterioridad se produjo la llegada de los españoles, que finalizan el proceso de desestructuración con la consiguiente extinción de las poblaciones del valle de Hualfín.

LECTURAS SUGERIDAS

- Ambrosetti, J.B. 1896. El símbolo de la serpiente en la alfarería funeraria de la región Calchaquí. Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XVII. Cuadernos 4, 5 y 6. Buenos Aires.
- Ambrosetti, J.B. 1906. Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande (Provincia de Salta). Revista de la UBA, publicaciones de la Sección Antropológica 3, Tomo VI.
- Balesta, B. y N. Zagorodny (editoras). 2011. Aldeas protegidas, conflicto y abandono. Investigaciones arqueológicas en La Ciénaga. Ediciones Al Margen. La Plata.
- González, A. R. 1977. Arte precolombino de la Argentina. Filmediciones Valero. Buenos Aires.
- Wynveldt, F. 2007. La estructura de diseño decorativo en la cerámica Belén (Noroeste argentino). Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino 12, 2: 49-67.